

REACTIVACIÓN Y SANEAMIENTO MONETARIO: NOTAS PARA LA DEMOCRATIZACIÓN EN ARGENTINA *

RAÚL PREBISH

En buena hora van a restablecer en Argentina las instituciones fundamentales; pero en circunstancias de extrema gravedad. Estoy convencido de que el país dispone de los medios para abordar soluciones sin las cuales el desenvolvimiento democrático se vería cada vez más expuesto a las consecuencias socialmente desintegradoras o a la hiperinflación hacia donde nos dirigimos.

Hay que emprender un esfuerzo energético, tenaz y clarividente para superar esta crisis y abrir paso a una política de desarrollo en la cual se conjuguen el vigor del crecimiento, la autonomía nacional de decisiones y la equidad distributiva, con una racionalidad y transparencia de que el país ha carecido por un tiempo dilatado.

Nos debatimos hoy en un círculo vicioso que comprime nuestras energías vitales. Un círculo vicioso en el cual se combinan y estimulan mutuamente el déficit fiscal, que hace subir incesantemente los precios y las tasas de interés, que acompaña a los precios y los empujan más hacia arriba y, al mismo tiempo, agrandan el déficit fiscal.

Tal es la paradoja de las tasas de interés. Sirven para restringir el crédito a la actividad privada a fin de frenar la inflación y terminan siendo elemento activo de inflación con grave desmedro de las fuerzas productivas.

Es impostergable romper este círculo. Hay que hacerlo con audacia y determinación. Que habrá que afrontar serios riesgos, riesgos calculados, no cabría negarlo. Pero los riesgos de prolongar indefinidamente esta aguda postración de la economía, con

* Conferencia dictada por el autor en el seminario *La Construcción de la Democracia Argentina*, el 23 de Agosto de 1983 en Buenos Aires. Raúl Prebisch es una de las personalidades más destacadas de América Latina; fue como es conocido el primer Secretario Ejecutivo de la CEPAL y de la UNCTAD y es actualmente Director de la *Revista de la CEPAL*.

su ingente desperdicio de fuerzas productivas, son mucho mayores que los riesgos de una severa política anti-inflacionaria.

Por dónde iniciar el ataque al círculo vicioso? No vacilo en decir que el punto de partida tiene que ser el descenso de las tasas de interés y el aflojamiento prudente del crédito que es indispensable para reconstruir y acrecentar el capital de trabajo de las empresas a fin de producir más y responder a la gran demanda potencial de bienes que ha quedado insatisfecha. En otros términos, iniciar la reactivación de la economía.

La reactivación tiene que cumplir objetivos que no podrían lograrse sin ella. Es indispensable para corregir el déficit, restablecer el ingreso real de la fuerza de trabajo y acrecentar la acumulación de capital reproductivo a fin de multiplicar el empleo y la productividad.

Se trata de objetivos que mal podrían lograrse sin un programa coherente. Me propongo esbozar ahora sus líneas primordiales, sin caer en dogmatismo alguno. Si se me demuestra que hay otro camino menos difícil y más expedito estoy dispuesto a seguirlo, desandando el mío.

Proponerse corregir a fondo el déficit fuera del contexto de una reactivación sería contraproducente. Y no hacerlo cuando se avanza en ella sería sencillamente funesto. Habrá que acudir a árbitros fiscales y a una dieta rigurosa para eliminar esa obesidad que menoscaba la eficacia del Estado en su capacidad de responder a las crecientes exigencias del desarrollo. Conforme avanza la reactivación habrá que trasladar ingresos desde la actividad privada hacia el Estado en la medida en que no fuera viable reducir gastos civiles y militares.

Se falsea el keynesianismo cuando se sostiene que el déficit constituye un elemento positivo de reactivación de la demanda en las circunstancias presentes. Lamentable error pues se trata de una demanda inflacionaria cuyo efecto estimulador se neutraliza por el alza de los precios y de las tasas de interés. Por el contrario, hay que crear y expandir una demanda genuina alentando a las empresas a acrecentar la producción y el empleo, a fin de suministrar los bienes que van a responder a esa mayor demanda.

El acrecentamiento del ingreso real de la fuerza de trabajo tiene que ser un elemento activo de demanda genuina, además de justificarse por consideraciones elementales de equidad para compensar el gran desmedro que han sufrido por su descenso y el desempleo. El crecimiento del producto global de la economía, la rebaja de los costos financieros de las empresas, gracias al descenso de las tasas y la mejor utilización de la capacidad ociosa, darán margen para subir las remuneraciones sin efectos inflacionarios. Pretender mejorar las remuneraciones reales sin una reactivación significa dar más impulso al alza frustrante de los precios. Y dejar de lado este objetivo cuando la economía se reactiva sería hacer recaer intolerablemente la incidencia negativa de la recuperación sobre aquéllas, tan seriamente desmedradas por la inflación.

El tercer objetivo de una política coherente de reactivación es la acumulación de capital reproductivo, que ha sufrido también un grave deterioro, a medida que se va colmando la capacidad ociosa.

Vuelvo un momento sobre el descenso del ritmo de aumento de los precios. Será el efecto progresivo del descenso de las tasas de interés y el traslado de recursos al Estado. No creo en la eficacia del control de precios en vez de estas medidas. Pero las expectativas inflacionarias son tan persistentes que el control se impone a fin de que tales medidas concretas resulten eficaces. Se trataría entonces de un control de precios en ritmo descendente, al cual debieran ajustarse las empresas —por lo menos las mayores— como condición vinculada a la rebaja de las tasas de interés bancario en el otorgamiento de crédito para ampliar el capital circulante de aquellas.

Es obvio que la reactivación traerá consigo un sensible aumento de la demanda de importaciones, más allá de la capacidad de pagos del país. ¿Y qué? ¿Vamos a seguir con máquinas ociosas y hombres de brazos caídos para evitarlo? ¿O emprenderemos una firme política selectiva de importaciones (además de alentar las exportaciones) para conjurar un pernicioso desequilibrio exterior? No se caiga en escrúpulos de una doctrina equivocada. Medidas selectivas como tuvimos que improvisar en la gran depresión de los años treinta. Entonces tuve una primera rebelión contra la ortodoxia de los centros. Mal que mal seguimos esta política que dió gran impulso a la industrialización promoviendo la recuperación de la economía. Una política selectiva de importaciones permitirá conciliar la reactivación con el equilibrio exterior. Abstengámonos de acatar el consejo de devaluar con ese propósito. La devaluación se impone para acompañar la inflación en salvaguarda de la producción y deberá seguir siendo así a fin de evitar las consecuencias adversas de una sobrevaluación. Pero no para lograr un equilibrio persistente.

Es aconsejable que estas medidas selectivas se efectúen mediante recargos de importación antes que por manipulación de tipos de cambio o controles cuantitativos. Y es esencial que se consideren como medidas de emergencia y no de protección, de modo que puedan eliminarse en cuanto mejore la situación de pagos exteriores.

Desde otro punto de vista, la recuperación va a alentar la evasión de dinero si no se previene este riesgo. Que ésto requiere ciertas severas medidas de intervención en el mercado de cambio, no queda duda alguna. ¿Habrá que retrasar una operación urgente discutiendo con el cirujano si es o no intervencionista?

No me refiero solamente al dinero que hay que crear para el capital de trabajo de las empresas y que podría desviarse hacia afuera sino también — y sobre todo, diría— a la gran plétora de dinero de origen inflacionario que se mueve en el mercado. Caben diferentes soluciones, pero me abstengo de dar mi opinión sin conocer bien los hechos y discutir con quienes están preocupados de este asunto tan delicado. Las autoridades financieras y monetarias harían un gran servicio al país si aportaran en éste y otros aspectos de un programa de emergencia los resultados de su capacidad y experiencia. ¿He comprobado que la tienen y que poseen además la virtud de escuchar y dialogar que se había eclipsado anteriormente en ciertas alturas!

Esa plétora de recursos volátiles es la consecuencia desquiciadora del déficit fiscal y las altas tasas de interés. Representa una ingente traslación de ingresos del sector productivo en donde falta liquidez a un sector donde es superabundante y perturbadora. Está sofocando la dinámica productiva al manifestarse no sólo en la fuerte reducción de las remuneraciones reales sino también de las ganancias de las empresas cuando no han incurrido en pérdidas.

Se trata de una carga muy onerosa que, al gravitar pesadamente sobre las actividades productivas, les impediría cumplir un papel positivo en la reactivación. La reactivación exige perentoriamente el alivio de esta carga mediante un estiramiento dilatado de los vencimientos y la rebaja de los intereses. Operación difícil y acaso cruenta. Pero es una operación de saneamiento absolutamente necesaria.

Un problema similar pero que infortunadamente no está a nuestro sólo alcance resolver es el de la deuda externa. Como joven Subsecretario de Hacienda durante la gran depresión, creo haber contribuído a que se pagaran los servicios financieros a costa de grandes sacrificios. No me arrepiento de ello. Pero en aquellos tiempos era una deuda a muy largo plazo y bajas tasas de interés. Se impone ahora prolongar los plazos y rebajar sus intereses extraordinariamente altos.

Trátase de un problema eminentemente político y que los gobiernos de países acreedores y deudores debieran afrontar estableciendo el marco adecuado dentro del cual se han de realizar las negociaciones entre las partes.

Digo problema político porque unos y otros gobiernos no sólo tienen la responsabilidad de una inconcebible licenciosidad financiera sino también la responsabilidad de una estampida que podría trastornar seriamente la recuperación de los centros si no se resuelve a tiempo este intrincado asunto.

Como fue dado expresar hace poco tiempo, cuando fui invitado por un comité parlamentario de los Estados Unidos, no se concibe que países deudores sobrecargados de esta deuda reduzcan drásticamente sus importaciones esenciales llevando al extremo la contracción de su economía y el desempleo.

Sería caer en ilusiones peligrosas esperar que la recuperación que ha comenzado en los Estados Unidos vaya a resolver este problema. Por lo demás, las tasas de interés siguen siendo altas a fin de evitar un nuevo brote inflacionario. Se ha logrado reducir la inflación, es cierto, pero a costas de una gran pérdida económica y social, no sólo para aquel país sino también para todo el mundo.

Bien se sabe que para combatir allí el déficit fiscal se ha acudido a elevar las tasas de interés para atraer ahorro de la población hacia el tesoro público, con las consecuencias adversas que todos conocemos. A mi juicio, el déficit es la expresión de un desequilibrio estructural, que viene desenvolviéndose de tiempo atrás, entre el ritmo del gasto privado, social y militar, y el ritmo del ahorro y acumulación reproductiva; desequilibrio que se manifiesta en un prolongado descenso del ritmo de productividad. No es de extrañar entonces que el propio jefe de los asesores del Presidente Reagan, Mr. Martin Feldstein, insinúe en un reciente reportaje la necesidad de una reforma fiscal que grave el gasto privado, supongo que en forma progresiva, a fin de promover el ahorro y la inversión. Por lo visto, se está comenzando a comprender que las leyes del mercado — por importantes que sean — no resuelven los problemas estructurales de la economía. Dicho sea de paso, el mercado tiene gran importancia económica y también política, pero no es el supremo regulador de la economía y no resuelve por sí solo los problemas estructurales del desarrollo.

Mientras tanto, los centros avanzados no lograrán superar las insuficientes tasas de crecimiento que se estiman para este decenio.

Esto nos obliga a repensar en nuestro desarrollo. Habrá que calar hondo para

atacar asimismo nuestros propios problemas estructurales. Pero me abstengo de entrar ahora en esta materia, si bien tendría algo que decir sobre ello. Pero antes hay que afrontar sin demoras esta complicada crisis. Su gravedad es tal que no sabremos salir de ella sin un gran consenso colectivo. Un consenso en que el partido al que corresponda la responsabilidad de gobernar y los partidos que tengan la responsabilidad de una oposición constructiva se pongan de acuerdo en lo fundamental, prescindiendo de diferencias adjetivas, así en sus formas de acción como en la unidad de acción; a fin de que no continuemos malogrando esas enormes fuerzas productivas que son nuestro privilegio argentino.

Es necesario que los hombres y mujeres de esta tierra templen el ánimo frente a esta grave crisis que es, a la vez, una gran oportunidad de reconstruir el país en este gran recodo histórico de suprema y decisiva significación por muchos años en la convivencia argentina!